

VII LOS MALES DEL TEATRO

RESUMIENDO...

He señalado algunos males del teatro, y más especialmente el desprestigio del autor, porque conlleva el del texto y el texto no es algo accidental, algo que se añade y que está allí por casualidad o por accidente; el texto es el centro, lo esencial, la armazón, el esqueleto y los cimientos del teatro, y todo lo que se haga en contra de él repercute en la esencia misma del género. Las producciones colectivas, la desacralización del texto están muy bien como experiencia, algunas muy estimables, pero no como teoría y mucho menos como dogma. Estoy, lo siento, por los nombres propios, siempre lo estuve. El arte no es colectivo ni colectivista. El arte es el resultado de un proceso las más de las veces individual, y ese proceso es algo personal e intransferible; por eso me molestan tanto todo eso que se mueve alrededor de todo espectáculo y que termina por desnaturalizar o suplantar la obra creadora y al creador mismo, hasta el punto que muchas veces ni siquiera su nombre aparece en los programas o hay que buscarlo con lupa como si su trabajo fuera el de uno más.

Pero esto no sucede por casualidad: en todo este asunto hay algo perverso: se desprestigia al autor o se le considera circunstancial o inane no porque lo sea, sino para que otros ocupen su lugar. Y yo pregunto, ¿no hay una propiedad intelectual? ¿No es acaso ésta más

propiedad que ninguna otra?, ¿Es que la vamos a dejar abierta a los *okupas*? Tal vez; últimamente hay mucha gente que les apoya.

Pero dejemos eso. No quiero insistir más. He citado algunos males, a mí al menos me lo parecen, para otros, sin duda, serán logros, como la disgregación autonómica, la invasión excesiva y muchas veces inadecuada de las nuevas tecnologías, el exceso de versiones y no de adaptaciones (no es lo mismo: se parecen, pero no; adaptar es actualizar; versionar, en este caso concreto, es lo más parecido a visualizar, mirar de otra forma, a través de otro, revisar, cuestionar...), y podría añadir otros, como la proliferación de talleres de escritura dramática (con éstos, salvo raras excepciones, que las hay, el error, la ineptitud se multiplica, se expande...¿ Acaso se puede transmitir la acción creativa?...¿ Quién o quienes pueden estar tan seguros de su maestría como para trasmitirla?¿ Dónde se dan, ya que se imparten clases, que por supuesto se cobran, los debidos diplomas o certificados que nos acrediten para las mismas?), los *ghettos* o las cuotas en función del sexo, que pese a su apariencia, son lo más antifeminista y antiigualitario que hay...pero creo que continuar insistiendo, a no ser que aparezca algún elemento nuevo y claramente llamativo, que posiblemente saldrá, es inútil.

En realidad, todos los males del teatro, y de cualquier hecho artístico, se resumen en uno; ni siquiera en dos, como los Mandamientos: estamos en el final de una era y hemos empezado otra, posiblemente una nueva edad media en la que lo colectivo se impone. Hemos terminado, de momento, con todos los Renacimientos posibles, creadores y creativos, y lo peor es que esta nueva edad media, tecnológicamente muy avanzada y llena de bienestar, eso dicen, no le llega en tensión espiritual a la otra. El teatro es una reflejo de la sociedad; siempre lo fue, y si hoy el teatro ha perdido su norte, su

creatividad y hasta su razón de ser y nos parece vulgar y zafio es porque a la sociedad le está pasando lo mismo; de ahí, que todas las manifestaciones artísticas se resientan: han dejado de ser arte para ser consumo. Con sinceridad: ¿ se publicaría hoy El Quijote, la Montaña Mágica o la Regenta, por citar tres obras admirables? Me temo que no: no estarían “ en línea editorial”. Hoy, se lleva otra cosa. Y en música, ¡no digamos! ¿ Dónde están Brel, Becaud, Piaf, por poner también tres ejemplos? Es como si la armonía se hubiera roto.

Así pues y vistas las cosas, dejemos de quejarnos. No sirve para nada o para muy poco. Aceptemos que estamos en una era, a la que posiblemente no pertenezcamos aunque tengamos que sufrirla, tecnológica y asilvestrada. Los nuevos bárbaros irrumpen con fuerza, nos reclaman, nos desplazan e imponen sus gustos. Habrá, por tanto que dejar pasar la marea, esa fiebre iconoclasta e innovadora a veces, falsamente innovadora las más, de todo cambio de época: a la larga todo lo que merece la pena, vuelve a su ser, a sus orígenes y a sus cauces. Esperemos que cuando a estos recién llegados a la cultura, estos nuevos bárbaros del gusto y de la moda no les quede más remedio, el arte también se subleva y la vida sin él es demasiado simple y en exceso dura por eso mismo, y comprueben que la inteligencia también vende, también ellos, como aquellos otros, se romanicen.

Pero mientras llegue ese momento, si llega, y desde la retaguardia o desde el más alejado de los exilios, seguiremos diciendo que no nos gusta.

Carmen Resino

En : *la fiera literaria*. Febrero 2007, págs 21,22.